

NOTAS

O Tomás Bueno Grande

El tío Eloy es bueno, siempre trae frutas del tiempo; y es fuerte, como un dios de la fecundidad. Tu madre dice que hay mucho de él en ti. Cuando está en casa —¿verdad?— te acercas a él y das paseos en torno suyo; porque trae mensajes de viña en flor, de campanillas y jaramagos del campo de la mar. Porque trae la mar en los ojos y en el bolsillo un puñado de cielo alto.

* * *

La calle es un verdadero río de costumbres vitales. Por la noche, cuando el cielo se va, redondeando otros horizontes, el silencio asienta y cala y se hace rey del pueblo. Es cuando Mariquilla baja de su barrio alto, con los calcetines anchos y la falda vieja. Con esa cara de angel travieso que enajena a su alma niña, con las cántaras de leche que se le clavan en los brazos canijos, anticipo fiel de su cuerpo enjuto.

De tanto pasar por su puerta ha hecho amistad con Tomás, que por las noches acude a sentarse para tomar el fresco y rumiar los pasajes, venidos a voleo a su memoria, de los libros que, lentamente, con la seguridad de un titán, va devorando.

Mariquilla, cuando logra zafar temprano del ordeño y peinarse las trenzas, se sienta un rato encima del umbral, casi al pie de la silla de eneas en que Tomás se reclina sobre el zócalo. Así hablan y hablan, y callan... y se les va desvelando el mundo del tiempo.

Desde hace unos días los ojos de Tomás están más tristes; parece como si una sombra verde los hubiera cegado. Hoy me lo ha dicho: Mariquilla se le acercó un día y le preguntó por las higueras estériles y las niñas paráliticas, por los niños que se mueren de hambre en otras tierras... Por Jesucristo.

Parece que el mar se le ha detenido en los ojos...

Juan DRAGO